PEP TORT "A SOPLILLO"

EN UN MUNDO CADA VEZ MÁS RUIDOSO, EN EL QUE MUCHOS PRETENDEN IMPONERSE MEDIANTE GRITOS, LLAMA LA ATENCIÓN ENTRAR EN UN COLEGIO Y ENCONTRAR A UNA PERSONA SENTADA EN UNA SILLA SOBRE UNA MESA Y VARIAS DECENAS DE NIÑOS EN COMPLETO SILENCIO, CON LOS OJOS MUY ABIERTOS ESCUCHANDO ATENTOS LAS HISTORIAS QUE EN VOZ MUY BAJA LES CUENTA PEP TORT. VEAMOS CÓMO LO CONSIGUE.

A finales de los setenta, cuando me encontraba estudiando magisterio, un trabajo de Lengua me enfrentó a la obligación de contar un cuento a los niños de una clase de una escuela a escoger. Intenté evitar el reto con todas las excusas que se me iban ocurriendo, pero al ser un trabajo en grupo -éramos dos aspirantes a maestro- me vi por fin entre la espada y la pared, o mejor sería decir, entre el enfado de mi compañero o la pérdida de un amigo.

La experiencia resultó ser muy gratificante para mí, el auditorio navegaba al son de la narración, retomando su atención, al impulso de palabras y gestos.

Mi compañero pronto se dio cuenta de que el cuento duraba más de lo previsto, indicándome de mil maneras sutiles, que nuestro tiempo destinado a comer era inversamente proporcional a la duración de la narración.

Descubrí ese día, del que guardo el recuerdo de los hechos, pero no la fecha exacta, que narrar era un placer.

En esa época, compartía mis estudios con la dinámica veleta, muy propia de la edad, de estar en muchos sitios y casi en todos al mismo tiempo.

Una de las actividades llamó mi atención de forma profunda, dedicando a ella varios años, el teatro de calle: los pasacalles y las animaciones para todos los públicos -aunque especialmente para los más receptivos, el ámbito infantil- tiempos de zancos, monociclos, acrobacias, malabares, clown, música, danza, mimo... Tiempos en que nos esforzábamos en conseguir que el público entendiera que participar era gratificante y divertido; hasta que llegó un momento en el que sentíamos la necesidad de mostrar lo que sabíamos hacer, pero el público quería entonces participar.

En este tiempo, contar, sugerir, dirigir siguió siendo mi cometido y cuando el auditorio lo permitía la narración era el recurso que resolvía la sesión.

Después, la radio, narrando diariamente un cuento, en una o varias emisoras o en campañas de normalización lingüística.

Más tarde, entré en contacto con el mundo de los títeres, el trabajo con objetos; en el Centre de Títelles de Lleida (centro de títeres), entonces pude conocer en profundidad las posibilidades y el marco de utilización del objeto como recurso, tanto dentro como fuera de la escuela; pero incluso entonces a mí me tocó a menudo contar y a mi esposa manipular los títeres.

Fue después de esa etapa, cuando decidí prescindir, en lo posible, del objeto centrándome en la palabra como herramienta principal de mi trabajo.

El camino específico en el campo de la narración oral, que en la radio no había dejado, recibió un nuevo impulso de la mano de las grabaciones de materiales pedagógicos para editoriales, en catalán y en español.

Vivo del cuento, pero lo cuento, gracias a grabar, escribir, dar charlas y cursos,

a maestros y maestras, y sesiones en escuelas, bibliotecas, teatros, etc.

La escuela es el lugar que me permite trabajar la narración por ciclos; es decir, organizando la sesión en su forma y fondo, en su desarrollo y contenido, teniendo en cuenta la edad de los niños.

Mi ubicación y la del auditorio es primordial para conseguir el éxito de la actividad. Para ello, creo un escenario, (donde no lo hay), al subirme a una mesa y sentarme en una silla, centrando de esa forma la atención del grupo en mí y disponiendo al público, sentado cómodamente en sillas, en filas sin pasillo en el centro, como en un cine, en el que yo soy la pantalla.

A menudo el maestro-a se sorprende cuando le sugiero que se sitúe en la última fila, esperando de mi parte la justificación, a lo que es tomado como una imposición. Es obvio que el niño-a tiene al maestro-a como espejo de lo bueno y de lo malo, verle y seguir sus reacciones sería motivo de distracción para él, a la vez que somete al maestro-a a realizar un difícil ejercicio, ser capaz de trabajar mi sesión vivenciando las mismas reacciones que se inducen al niño-a sin identificarse; es decir, debe seguir siendo maestro-a, participar observando, observar mientras participa, eso requiere mirar hacia fuera y al mismo tiempo autoobservarse, verse a sí mismo en las tres facetas de la acción humana: cuerpo, pensamiento y emoción. Y al mismo tiempo percibir la sintonía del grupo. Esa es la razón que me lleva a pedirles a "los representantes de la parte pedagógica" (maestros-as) que se sienten al final de la sala para que no les copien.

Debemos darnos cuenta que el niño-a es un sujeto dinámico del cual podremos captar la atención si le vinculamos a la actividad con todos sus sentidos.

En la escuela, son tres los grupos que forman mi auditorio:
- 3-4-5 y 6-7 años: el placer de ser protagonista de la oralidad.
- 8-9 años: participando del gusto de escuchar.
- 10-11 años: siendo testigos del valor lúdico y de aprendizaje de la palabra.

La sesión de narración tiene su estructura, del mismo modo que cualquier actividad tiene un principio, un desarrollo y un final.

Sintonizar es mi primer objetivo; para ello, utilizo la presentación distinta en la forma, en función de los tres tipos de sesiones.

De los 3 a los 9 años, una canción le permite al niño-a saber qué es lo que vamos a hacer: presenciar de forma activa una sesión de narración. Construyo una canción sobre una melodía conocida o muy fácil, en la que cuento de qué se tratará la actividad, en ella la voz el gesto y la emoción se digieren a la vez.

Cuando el grupo transita ya la adolescencia, las anécdotas de mi trabajo y las vivencias conseguirán el mismo objetivo, si son breves y se adaptan al ritmo de madurez de comprensión del grupo.

Tener a todo el grupo en una misma actividad en cuerpo, emoción y pensamiento requiere tiempo y poner en ello recursos para conseguir esa sintonía.

Una vez captada la atención del auditorio -atención dirigida- llegó el momento de la narración:

La forma de transmitirla, el contenido, su extensión y el tipo de respuesta que espero conseguir del grupo, será distinta en función también de la edad:

3-4-5 y 6-7 años: el placer de ser protagonista de la oralidad:

3, 4 y 5 años: narro un cuento largo (25') en el que el niño-a interpreta conmigo, lo vive como personaje y como oyente -voz, gesto, expresión-.

6 y 7 años: puedo añadir a la sesión otra narración, ésta será breve (5') y buscará que el niño-a sea capaz de escuchar y entender.

En una misma sesión participan 100, 150... niños-as de 4, 5 años a los que se unen a menudo los de 3 años.

La cantidad de receptores favorece la verbalización dirigida, pues el auditorio reacciona de forma gregaria a mis estímulos, consiguiendo que las individualidades se diluyan en el grupo dando una sola respuesta, en la que todos se sintonizan sin estridencias. Quien en el aula no participa se siente protegido, acompañado, motivado por los demás. Nadie se siente observado, pues el único modelo soy yo, que es al único que ve cada uno de frente. Nada les distrae, y el grupo les impulsa y arropa.

Esta forma de trabajar me permite incidir en la capacidad de comunicación del niño-a de una forma global, mediante la imitación en grupo de patrones expresivos inducidos en la narración y vinculando el gesto a la voz y a la expresión.

La dinámica de estas sesiones de narración oral es fruto de mi actividad como maestro en 19 escuelas de la zona de Manresa, en Cataluña, donde resido.

Considerar a los niños de tres años como un grupo que se añade a los demás es debido a que mi trabajo es básicamente oral y en esta edad el apoyo de la imagen a la palabra facilita la compresión, que se traduce siempre en atención.

8-9 años: participando del gusto de escuchar:

8 y 9 años: la narración es larga (25') y facilita la participación dirigida en momentos puntuales de la historia -voz, gesto, expresión- y, además, añado varias historias de formato más breve en las que combino el escuchar con la participación, en función de la capacidad de captación del grupo.

10-11 años: siendo testigos del valor lúdico y de aprendizaje de la palabra:

10, 11 años: diversas narraciones de un formato breve pretenden dar credibilidad y hacer placentera la actividad de escuchar y al mismo tiempo aprender, sembrar en el receptor recursos, herramientas para transitar en la vida, nada más ni nada menos que lo que siempre han pretendido los cuentos: divertir enseñando, enseñar divirtiendo. Cometido que no es ajeno al maestro-a.

Si en las sesiones hasta 7 años el grupo es un buen aliado del trabajo que se pretende desarrollar, a partir de los 12,

13 años, algunos pueden sentirse protegidos por la sensación de masa y aprovechar la ocasión para dar rienda suelta a sus muestras de rebeldía, propias de la edad y a menudo de un sistema educativo que no ha conseguido captar su atención, motivarles.

En mi actividad, la ubicación frontal, en una posición elevada más bien teatral, me permite dirigir juegos de movimiento, que serán elemento de transición entre las narraciones, su función será retomar la atención, teniendo también una lectura de fondo pedagógica, que los justifica y lleva a la reflexión.

Es igualmente importante el final de la sesión, siendo de los 3 a los 9 años una canción la herramienta que retoma el sentido del momento verbalizando la despedida.

El saludo en la puerta de la sala de uno en uno pretende cerrar la actividad dejando al maestro el grupo en armonía, con individuos en serena atención.

Es exactamente el mismo objetivo que persigo en los grupos adolescentes o adultos, a través de una breve reflexión final sobre la palabra.

Hay diversas formas de contar cuentos y también se persiguen distintos objetivos, por mi parte me satisface mi trabajo si consigo captar la atención y al mismo tiempo, como decía un médico, "hago en el oyente un injerto de corazón o de inteligencia".

Como nos dice Jean Monbourquette en el prólogo de **Cuentos para crecer y curar**: "... Hace ya mucho tiempo que los predicadores, los maestros y los profetas comprendieron que la forma más apropiada de transmitir una experiencia... es a través de relatos."

La narración, en mi caso, tiene siempre esa lectura de fondo; aunque lúdica, pretende enseñar. He ahí una tensión, una interferencia en el lector, "ESO ES MANIPULAR", ¡quizá!, suelo decir, pero si tengo una oportunidad para comunicar a los demás cómo veo y quiero el mundo, la aprovecho; nadie me pide permiso, y sin embargo me bombardean con impresiones desde que me levanto de la cama hasta que me acuesto, la sinceridad del corazón llega al corazón sincero, almacenando todo aquello que será útil en alguna ocasión y olvidando lo innecesario o no comprendido.

Sería, éste, un buen momento para apuntar algunas observaciones que por el hecho de pisar muchas escuelas, por repetición, acaban siendo, para mí, recurrentes.

Hablemos de las sillas, parece una obviedad decir que, en Occidente, desde la más tierna edad las utilizamos; sin embargo, el niño-a en la escuela (3, 4, 5 años) no sabe cómo sujetarlas, cómo moverlas, cómo desplazarse con ellas de un lugar a otro. Su trasero, dolorido por utilizarlas en exceso, las aborrece en secreto, pero su cabeza no sabe dirigir a sus músculos para manejarlas, una paradoja sin duda. Retomando nuestra ubicación en el mundo, ahora que nos sentimos más euro..., perdón europeos que nunca, no es posible entender cómo seguimos creyendo que la forma correcta de seguir una narración oral es sentados en el suelo con clara vocación orien-

tal. La experiencia me demuestra que el niño-a sigue la actividad de forma más cómoda sentado en una silla y al mismo tiempo ubica mejor su espacio, evitando que al moverse en el suelo moleste a los demás provocando su distracción, con la consiguiente pérdida de atención.

Sorprende también darse cuenta que la dispersión se ha adueñado de la escuela. Los ruidos traspasan paredes y ventanas; es un lugar en el que se debería aprender el respeto, y no se practica. Veamos detalles que se han asimilado como normalidad. ¿Quién no ha visto entrar en cualquier clase o sesión a un adulto al que no le iba en la intervención la vida? Con la consiguiente interrupción de la actividad y la distracción del grupo. Y, que además de llegar tarde, comenta con los compañeros el motivo de la ausencia. Una justificación innecesaria que provoca más ruido y dispersión en el grupo.

Varias veces he visto reprender a un niño-a por estar mal sentado, sin darse cuenta de la atención que estaba prestando a la sesión.

O, cómo el individuo que está molestando se queda en su sitio mientras es cambiado de lugar el molestado.

En sesiones realizadas en el mismo lugar con grupos diferentes en una misma silla, distintos escolares se comportan de la misma forma, ¿es un lugar en el que el niño o niña por su sensibilidad capta una cierta excitación - vibración-tensión - que expresa en falta de atención, distrayendo a los que están cerca de él? Son más de 20.000 los escolares, con los que comparto mis sesiones cada año y les puedo asegurar que ha dejado de parecerme una casualidad, en la que por cierto no creo.

Bueno sería insistir en la función de espejo que realizamos los maestros-as, el niño la niña aprenden lo que ven, olvidan contenidos, aprenden habilidades, valores, formas; seamos conscientes de los mensajes verbales y no verbales que emitimos, desde los primeros años y sobre todo en esos primeros años.

Es muy importante que nos demos cuenta de que la educación se valora de forma equivocada. Deberíamos invertir la importancia que damos al trabajo de educar. A nadie se le ocurriría, en la construcción de una casa, valorar el tejado o la terraza, aunque sea lo que más llame la atención, sin tener muy en cuenta los cimientos.

Levantemos la casa como nos enseñaron ya los tres cerditos, aunque ahora los aparejadores y arquitectos insistan en decir que la técnica nos permite hacerlo sobre cualquier superficie. Si creemos en el ser humano, ayudémosle a ser capaz de enfrentarse a sus propias limitaciones.

Por último, quiero dejar constancia de mi admiración por el trabajo educativo que realizan los maestros y maestras con los niños y niñas hasta los 5 años de edad, a menudo sin apoyo suficiente ni medios.

Pues, nada más, nos vemos o escuchamos en algún: **"salpicón de cuentos a soplillo" en las escuelas, en las bibliotecas, en las salas de lectura, en los teatros, en las plazas ... "a soplillo", en cursos y conferencias.**

Pep Tort.
Contador con página web propia:
www.peptort.com

PEONZA

Revista de Literatura Infantil y Juvenil

Nº 61 / Cantabria / Junio 2002 / 3,50 €

SUMARIO

EDITORIAL 4

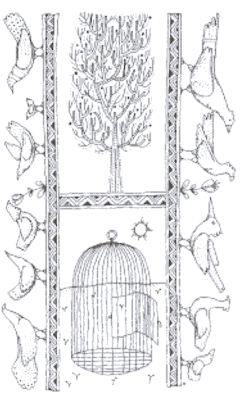
EN TEORÍA:
Clásicos en el tren. 7
Seve Calleja.

EN TEORÍA:
Prólogos 16
Enrique Sánchez de la Yncera.

PEONZAS ILUSTRADAS: 21

MANOS A LA OBRA:
Pep Tort "A soplillo". 22
Pep Tort.

EN TEORÍA:
Recordando a Ricard Castells 28
Yexus.



EN TEORÍA:
Conclusiones de las primeras jornadas de bibliotecas de Cantabria 32
Seminario de BBEE del CPR de Torrelavega.

ENTREVISTAMOS A:
Luis de Horna 34

ILUSTRARTE:
Ilustración, arte y literatura infantil . . 44
José Morán.

LEEMOS PARA QUE LEAN:
La España del tebeo. La historieta española de 1940 a 2000 . . 54

COMENTADO POR:
El medallón perdido . 57
Ana Alcolea

BIBLIOTECA: 60

NOTICIAS Y COLOFÓN . 75

Año XII. Junio - 2002 Nº: 61
Edita: Asociación Cultural PEONZA.
Apartado de Correos 2170. 39080 Santander.
Dep. Legal: SA-265-1994 **ISSN:** 1130-8370
Equipo de Redacción: Francisco Díaz Herrera, Encarnación Espinosa Astillero, Javier Flor Rebanal, Javier García Sobrino, Juan Gutiérrez Martínez-Conde, Diego Gutiérrez del Valle, Paciano Merino Merino, José Luis Polanco Alonso.
Correo Electrónico: revistapeonza@wanadoo.es
Información y Suscripciones: Gestoría Noriega (Peonza)
Jesús de Monasterio, 12, 1º - 39010 Santander
Teléfono: 942-375717

PEONZA

Revista de Literatura Infantil y Juvenil

Nº 61 / Cantabria / Junio 2002 / 3,50 €